

Domingo 5º. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Mt 1,29-39

El evangelio que hemos escuchado nos ha ofrecido la oportunidad de contemplar a Jesús durante un día de su vida, en la primera etapa de su misión por Galilea; un día como tantos otros, de una febril actividad en favor de los enfermos que se le agolpaban en su alrededor. Este Jesús, curandero incansable y eficaz, nos puede hoy resultar extraño, ajeno a nuestras preocupaciones y alejado de nuestro mundo; porque, y a pesar de lo que podamos saber sobre él y nos han contado, no nos resulta que, al menos en nuestro caso, nos haya curado alguna vez de algo; nuestros encuentros con él no nos han dejado menos afligidos por nuestros males o más sanados de ellos; en nuestro entorno continua reinando el mal, como sigue reinando, muy a pesar nuestro, en nuestro corazón; nuestros seres queridos siguen enfermando, y no ya sólo corporalmente, e incluso nos son arrebatados prematuramente por la muerte, ese mal radical que parece dominar, como bien expresó Job, nuestra vida.

²⁹Al salir de la sinagoga, Jesús se fue inmediatamente a casa de Simón y de Andrés, con Santiago y Juan.

³⁰La suegra de Simón estaba en cama con fiebre. La hablaron en seguida de ella, ³¹y él se acercó, la cogió de la mano y la levantó. La fiebre desapareció y se puso a servirles.

³²Al atardecer, cuando ya se había puesto el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. ³³La población entera se agolpaba a la puerta. ³⁴El curó entonces a muchos enfermos de diversos males y expulsó a muchos demonios, pero a éstos no los dejaba hablar, pues sabían quién era.

³⁵Muy de madrugada, antes del amanecer, salió, se fue a un lugar solitario y se puso a orar. ³⁶Simón y sus compañeros fueron en su busca. ³⁷Cuando lo encontraron, le dijeron:

“Todos te buscan”.

³⁸Jesús les contestó:

“Vamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para predicar también allí, pues para esto he venido”.

³⁹Y se fue a predicar en sus sinagogas por toda Galilea, expulsando los demonios.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Nuestro texto presenta dos escenas – y dos temas – diferentes. La primera narra sucintamente la curación de la suegra de Pedro (Mc 1,29-31). Con ello se cierra el primer día de su ministerio público, en el que ya había sanado un endemoniado (Mc ,21-28). Se añade aquí un comentario que generaliza la lucha del Jesús contra el mal que posee a tantos. Es relevante que Jesús dedique la prima jornada de su actuación mesiánica a combatir, y vencer, la enfermedad y al demonio, a quien no silencia “porque sabía quién era”. No es el diablo quien debe proclamar la identidad del Mesías. La segunda escena llama aún más la atención: Jesús se refugia, “muy de madrugada” en la oración, de la que es “sacado” y “devuelto” a la gente necesitada por Pedro y acompañantes (Mc 1,35-39): lo buscan sus discípulos, porque todos lo están buscando. Y Jesús deja la oración y deja Cafarnaún para ir a predicar por toda Galilea.

La curación de la suegra de Pedro es la primera de las ocho sanaciones que se narran en el evangelio (1,29-31.44-45; 2,1-12; 3,1-5; 5,24-34; 7,31-37; 8,22-26; 10,46-52). No hay en relato detalle alguno extraordinario; más que resaltar el poder taumático de Jesús, apunta hacia la finalidad del discipulado: quien es curado debe ponerse a servir. La suegra, sanada, se pone inmediatamente a servir; el servicio a la comunidad de Jesús – él y sus discípulos – prueba la salud recuperada y describe la actuación que caracteriza al discípulo. El bienestar que de Jesús se recibe con la curación es un bien que hay que hacer a los demás, poniéndose a servirles. El primer día de Jesús se cierra más que con la curación de una mujer enfebrecida con la comunidad de Jesús bien servida.

Inicia Jesús su ‘segundo’ día a solas con Dios. Marcos no suele presentar con frecuencia a Jesús rezando (Mc 6,46; 14,32-42). Aquí nos hace saber que, tras una jornada de intensa actividad taumática, Jesús necesitó soledad y a Dios. No es poco..., pero también poco le duró el retiro. Son tantos los que lo buscan – ‘todos!’ – que debe volver al ministerio; se lo advierten los suyos, que se tienen que poner a buscarlo: para que todos lo tengan, los discípulos deben saber dónde ha ido y seguirle hasta dar con él. ¡Curioso que sean los que le siguen quienes ‘recuerden’ a Jesús que aún tiene mucho por hacer, que Galilea lo esperan y muchos endemoniados...!

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Resumiendo la actividad de una jornada, el evangelista presenta a Jesús curando y orando, entre la gente necesitada de él ... y necesitando él de Dios para volver de nuevo a la gente. La curación de la suegra de Pedro ha sido posibilitada por el seguimiento de Simón, que le ha permitido contar con un hogar. Jesús no puede convivir con el mal y, entrado en casa, no sólo libera a la mujer de la fiebre, la devuelve, además, al servicio en la casa. Curar en sábado (1,21) tocando a una señora (1,31) no era mejor manera de hacer milagros. Para hacer el bien adonde vaya, Jesús no se siente obligado a seguir las prevenciones sociales.

Su lucha contra el mal sigue hasta el atardecer. Y cuando Jesús se libera de los enfermos, busca encontrarse con Dios a solas. De su soledad y de su oración lo sacarán sus discípulos, porque, aún de madrugada, ya le anda buscando la gente. Y en ello Jesús reconocerá la urgencia de continuar su misión. Dios no le distrae de su tarea; la soledad buscada es momentánea; la necesidad de su gente le recuerda su tarea. No hay descanso para quien se sabe enviado: mientras el evangelio tenga oyentes y Dios un pueblo que le busca, su apóstol no tendrá tiempo para reposar ni lugar donde refugiarse. Ni siquiera la oración es una buena excusa.

Hoy podríamos preguntarnos por qué no hemos descubierto nosotros, creyentes en él ya desde tanto tiempo, aquel Jesús que vieron aquellos hombres de Galilea en un día normal de sus vidas. El relato evangélico ofrece tres pistas de reflexión a quien de nosotros se lo pregunte seriamente; fijarse en cómo lo lograron aquellos hombres, nos daría la posibilidad de conseguirlo nosotros.

Jesús fue invitado a casa de un discípulo y, enseguida, le hablaron de quien estaba allí postrado en cama, enfermo de fiebre. Bastó con saber que alguien estaba enfermo para ponerse a curarlo. Aquí puede estar una de las razones por las que Jesús no encuentra la forma de liberarnos de nuestros males, como sería su voluntad: ni le invitamos a que nos visite, ni le hablamos del mal que existe en nuestra casa. Invitarle a ella, aunque sepamos que no todo en ella está bien dispuesto; abrir las puertas a Cristo que viene a nosotros, sin temor a que descubra nuestro mal, ese malestar que nos sobrepasa y domina; animarle a que comparta techo y familia con nosotros, sabiendo que no todos en casa pueden recibirle bien, sería el primer paso que dar, si realmente deseáramos la curación.

El mal que pueda existir en nosotros o en los nuestros, cualquiera que fuera la forma bajo la que se presenta, no es excusa buena para mantener a Jesús lejos de nosotros ni alejado de nuestra familia: llevarlo a casa, con los nuestros, le dará la oportunidad de acercarse a nuestro mal y sanarnos. Con Jesús en casa, el mal no es tan oprimente, tan insoportable; y nuestra familia quedará al abrigo de la desgracia. Pero hay que tener el coraje de introducir a Jesús en casa, como hizo Pedro, sin importarnos mucho si hay orden en ella o si todos lo quieren o pueden ponerse a su servicio: tendríamos que perder el miedo a tener que hablar con él de nuestros males, de esos males que escondemos a los demás, pero alimentamos en nosotros; descubrirlos a Jesús nos hará descubrir en Jesús a nuestro salvador; nuestra curación, como la de la suegra de Simón, depende de nuestra sinceridad con Jesús: esconderle a él nuestros males, nos condena a vivir con ellos, fomentándolos en secreto.

Al anochecer, todos le llevaban los enfermos y poseídos; y curó a muchos de ellos de diversos males. Es verdad que no todos tuvieron la posibilidad de invitarle a sus casas, de acercarle a sus males y a sus enfermos. Pero siempre será posible ir hacia él con los propios enfermos y con los males personales; al final de nuestra jornada, cuando nos hayamos liberado de nuestras ocupaciones, con tiempo del que disponer, podemos ir junto a él, precisamente porque no tenemos otro a quien presentar el mal que hay en nosotros con la esperanza de que nos libere de una vez por todas. Por extraño que parezca, es así: perdemos tantas oportunidades de encontrarnos con Jesús, porque nos sentimos indignos de él; y lo somos en realidad, pero ésta no es buena razón para quedarnos lejos de él, ésa es la mejor razón que tenemos para ir en búsqueda de quien vino por los pecadores y no para los justos.

Si no tenemos mejores motivos, tenemos al menos nuestro mal, el pecado en que vivimos y con el que viven los nuestros; éstas sí que son buenas razones para ir en su busca deseando vernos libres de nuestros demonios personales. Llenamos nuestra vida de ocupaciones que pueden esperar un día más, de preocupaciones que no duran un año; nos angustia nuestra incapacidad de hacer algo que merezca la pena: ¿por qué no encontrar un tiempo de tranquilidad para ocuparnos de Jesús y darle ocasión de que se ocupe de nuestros males? Nada hay de vergonzoso en tener que reconocerle nuestra malicia: sólo quien sabe de su enfermedad puede buscar a quien precisa para ser sanado; desconociendo nuestros males, olvidándonos de ellos, en vez de curarnos los fomentamos, los hacemos más grandes y más temibles.

De madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron y le dijeron: Todo el mundo te está buscando. No nos debería extrañar que un Jesús que no ha sido invitado a entrar en casa, que no fue buscado en la plaza pública, cayera en la tentación de retirarse y esconderse. A veces **habrá que ir a buscarlo**, sin dejarse descorazonar por su desaparición; y lo encuentran, como aquel día, quienes saben dónde buscarle, en un lugar desierto, y saben qué hace, orar. La oración, más cálida cuanto más lejos se nos ha ido, más difícil porque lo sentimos ausente, más eficaz porque más trabajosa, es el camino par encontrarle de nuevo. Quien sabe rezar así, adivina dónde se le ha ido su Dios y le convence para que vuelva a todos los que le andan buscando, a cuantos, como ocurre todavía hoy, le necesitan. Quien reza no desespera de encontrarse con Dios; y cuando lo encuentra, lo convencerá para que retorne al mundo y se tope con cuantos le buscan.

El mundo tiene necesidad de esos hombres que saben dónde encontrar a Dios, porque se han puesto a seguirlo, que conocen bien los lugares donde mora, porque han demorado con él en oración. Quien sabe rezar, sabe dónde acudir para pedir su curación y la de los suyos. Y no hay que olvidar que fueron los discípulos, Simón y sus compañeros, quienes sabían dónde se había metido Jesús y quienes le devolvieron a su quehacer. Es tarea de discípulos, pues, dar con Jesús y entregárselo a quien lo busque. Para eso estamos los cristianos entre quienes hoy, lo sepan o no, necesitan a Cristo: para hacerle caer en la cuenta de que se le quiere aún y de que tiene que volver a nuestro mundo.

Y recorrió toda Galilea, predicando y expulsando demonios. ¿Quién de nosotros querrá dedicar un tiempo para pedir a Jesús que vuelva por fin a nosotros, pues somos tantos los que le buscamos? ¿Quién logrará convencerle de que aún le

necesitamos? Vale la pena ser discípulo, convivir con él, conocerlo de cerca, saber dónde ha ido a parar, para devolverlo a los nuestros. Significaría para muchos la salvación, si hubiera alguien, algún apóstol, que supiera dónde está Jesús y nos lo devuelve.. Sucedió en Galilea ya una vez; ¿por qué no iba a repetirse entre nosotros?